

seguido de su mujer y sus hijos, todos de luto. Oyeron con profunda devoción la misa que él mismo había mandado decir por el alma del Libertador, y se volvieron a su casa, cuyas ventanas y puertas fueron cerradas. No comió ese día la familia, y la gente de la calle oyó adentro un lastimero llanto hasta la media noche. Era ese viejo el sargento fusilado al pie del fuerte. Así es como los grandes capitanes combinan las duras prescripciones de la política con las suaves exigencias de la humanidad. El culpado pasó por muerto para todos, y vivió feliz con otro nombre en un rincón oscuro, bendiciendo, junto con su esposa, la memoria de su General y salvador. Cuando éste hubo fallecido, le lloró como a padre idolatrado.

Juan Montalvo

BOLIVAR EN CASA DE HERRAN

En mayo de 1830 ya el Congreso admirable había elegido para Presidente de la República a D. Joaquín Mosquera.

Resuelto Bolívar a alejarse de Colombia, se propuso salir de palacio a un alojamiento en casa particular, mientras preparaba el viaje.

En el momento de tal resolución rodeábanle algunos amigos suyos, quienes le habían ofrecido hospedaje.

—“General Herrán, dijo Bolívar con semblante afectuoso, todos mis amigos me han ofrecido sus casas, menos usted.

—La mía es tan estrecha y modesta, contestó el interlocutor, que no se me había ocurrido que V. E. pudiera quedar en ella cómodamente alojado. ¿Y V. E. la aceptaría?

—Si usted me la ofrece, ¿cómo no?

—Me complazco en ponerla a la disposición de V. E.

Aquella casa (situada al frente de la Enseñanza), fué, en consecuencia, la preferida por Bolívar para su última residencia en Bogotá; allí fué atendido hidalga y cariñosamente por la familia Herrán y Zaldúa.

De allí salió el 8 de mayo acompañado en un largo trecho del camino por el distinguido personal del Gobierno y del Cuerpo Diplomático y por otros amigos, entre ellos los principales caballeros ingleses que había en la capital.

Iba agobiado por las enfermedades corporales y todavía más por las del alma. para exhalar muy pronto el último suspiro en las ardientes playas del Atlántico.

(De “Buena Lectura”)

B O L I V A R

en su entrevista con el señor Obispo Estévez

Esta escena nos la refirió el ilustre Arzobispo de Medellín, señor Pardo Vergara, según la información que a él dieron el señor Ujueta, el general Posada y otras personas, substancialmente, en la forma siguiente:

“Aquella mañana del 10 de diciembre habiéndose acercado a la quinta susodicha el señor Obispo D. José María Estévez, a la pregunta de “¿cómo está el Libertador?”, le respondió acongojado el general Mariano Montilla:

—Señor Obispo, el estado de él no puede ser más deplorable; la muerte avanza con rapidez, y, lo peor de todo, es que no hay quién se lo diga.

—Cómo, General, que no hay quién se lo diga, pues yo me encargo de eso; y entrando el Prelado